

Capítulo 51: ¡Vuelve a casa! II

Felicia descruzó los brazos, caminó hacia la mesa y se sentó directamente frente a él, con los ojos aún firmes y llenos de expectativa.

Vergil, entiendo que tu vida es diferente ahora. Sé que tienes nuevos intereses y que estás pasando por algo diferente. Y sí, la situación con estas... tus esposas... es complicada. Pero siempre has sido inteligente, siempre has tenido la cabeza bien puesta.

¿Dejar la universidad? Es un gran retroceso, ¿te das cuenta?

Vergil sintió que la tensión aumentaba.

La conocía bien y comprendía que, para ella, la educación era una prioridad, algo que siempre valoró y le inculcó desde la infancia. Al fin y al cabo, no siempre habían tenido los medios para ello.

Sin embargo, la dirección que estaba tomando su vida ahora parecía tan alejada de los planes que tenía originalmente que la universidad comenzaba a sentirse como una carga.

Había muerto... Ya no era Vergil Kennedy, el estudiante de ingeniería atlética.

Él era... Vergil Kennedy, Agares, Baal y Sitri... El hombre que se había casado con tres mujeres, hijas de tres Reinas Demonio.

Respiró profundamente, listo para enfrentar a su madre nuevamente.





—Entiendo lo que dices, mamá, y sé que siempre he priorizado la educación. Pero... las cosas han cambiado. Ya no soy de los que solo se preocupan por aprobar. Hay... otras cosas en juego.

Felicia negó con la cabeza y suspiró. "¿Otras cosas? Vergil, eres mi hijo y te conozco mejor que nadie. Esas "otras cosas" de las que hablas... ¿te refieres a tus poderes, tus peleas, a todo el caos que ha entrado en tu vida últimamente?"

Felicia volvió a negar con la cabeza, suspirando. "¿Otras cosas? Vergil, eres mi hijo y te conozco mejor que nadie. ¿Qué escondes, muchacho?", insistió.

Vergil pensó en una excusa, pero volvió a suspirar. No tenía sentido inventarle más mentiras.

"No quiero hablar de eso ahora. No hasta que esté listo", dijo con sinceridad. Incluso había considerado soltar: "¡Mamá! ¡Soy un demonio! ¡Acéptalo!", pero conociendo a su madre... eso solo empeoraría las cosas.



Ella asintió lentamente, mirando hacia la mesa.

—De acuerdo —dijo tras una breve pausa—. Maldita sea, estás creciendo demasiado rápido... —añadió con una sonrisa torcida.

Vergil rió entre dientes, sintiendo un poco de alivio. "Dicen que es parte de la vida, ¿verdad?"

Ella resopló, cruzándose de brazos y mirándolo de nuevo, esta vez con una mirada más cariñosa, pero aún cautelosa. «Es parte de la vida, quizá. Pero eso no significa que tenga que gustarme el ritmo al que cambian las cosas».



Vergil se recostó en su silla, sintiendo el peso de la conversación sobre sus hombros. Sabía que su madre no era tonta, y la duda y la curiosidad aún persistían, burbujeando bajo la superficie. Felicia siempre era perspicaz, y su comportamiento reciente probablemente había desatado todas las alarmas posibles en su mente.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que decirle la verdad. Pero hoy no era el día. Todavía no.

—Bueno —dijo, cambiando de tema mientras volvía a la cocina—. Ya que estamos con esto de la honestidad, vamos al grano. ¿Cómo va todo esto de las tres esposas? —Lo miró de reojo, pero había un dejo de broma en su voz.

Vergil puso los ojos en blanco y suspiró. "Mamá..."

"¿Qué?", dijo con una sonrisa traviesa. "Todavía me estoy acostumbrando. ¿Tres mujeres? ¿Qué te crees que es esto, un harén de fantasía en el mundo moderno?", añadió con precisión.

"Sabes que no es nada de eso..."

"Ah, ya lo sé", respondió Felicia, riéndose para sí misma. "No me imagino el caos que debe ser. ¡Apenas puedo con un hijo rebelde, y mucho menos con tres mujeres con personalidades tan diferentes!"

"No es tan complicado", intentó argumentar, aunque sabía que era solo una verdad a medias. "A veces sí lo es, pero lo conseguimos".





Felicia dejó de remover las ollas y lo miró con una sonrisa casi desafiante. "Ah, ya entiendo. Así que ahora te has convertido en el gran mediador de un harén caótico. Impresionante."

Vergil soltó una risa nerviosa. "¿De verdad vas a seguir molestándome con esto, verdad?"

"Por supuesto. No soy yo la que tiene que lidiar con tres mujeres, así que mejor me divierto con la idea", respondió con una risa baja.

Él negó con la cabeza, todavía sonriendo.

Siempre había sido una mujer práctica, y aunque disimulaba sus preocupaciones con humor, él sabía que no le gustaba la idea de que su hijo se viera envuelto en una relación tan complicada. Y eso sin siquiera saber lo más complicado de todo: que ahora era un demonio.



—Bueno, vamos, ayúdame a poner la mesa —dijo, alejándose de la estufa y trayendo algunos platos de comida—. Si vas a desaparecer una semana más, al menos vete con el estómago lleno.

—No voy a desaparecer otra vez —dijo Vergil, levantándose para ayudar—. Lo prometo.

Felicia lo miró de reojo, sin creerle del todo. "Ajá. Claro. Fingiré creerlo."

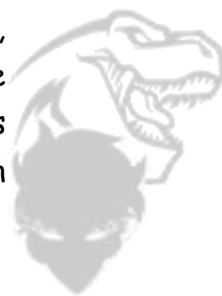
...

Ada estaba agachada en un rincón oscuro del pasillo, con los ojos fijos en el pedestal iluminado en el centro de la habitación.

La espada, envuelta en un aura mística, yacía pacíficamente bajo una capa de runas mágicas.

Para cualquier otra persona, el brillo de la espada sería una clara señal de que la magia protectora seguía activa, pero Ada no era cualquiera. Había pasado años estudiando cada una de las protecciones de su madre, esperando el momento oportuno para actuar.

El salón era vasto, casi intimidante, con paredes de piedra antigua que resonaban con un silencio inquietante. Grandes vidrieras en tonos rojos, dorados y azules proyectaban sombras distorsionadas sobre el suelo de mármol. El aire era frío, y la única luz provenía del brillo palpitante de las diversas espadas. Este era el único lugar del que Ada sabía que no saldría con vida si su madre se enteraba...



La colección personal de la Reina Demonio Baal.

Cualquiera que se atreviera a entrar sin conocimiento sería aniquilado en segundos por las defensas encantadas.

Pero Ada conocía cada detalle de ese lugar; después de todo, había crecido viendo a su madre manipular esas mismas protecciones.

Estaba a punto de lograr algo que muchos considerarían imposible: robar el arma más valiosa y peligrosa de su madre.



Con un ligero movimiento de sus dedos, Ada convocó una pequeña chispa de energía entre ellos, trazando cuidadosamente patrones en el aire. Las runas del pedestal brillaron intensamente por un instante, respondiendo a la magia de Ada, pero luego se disiparon como humo. La barrera protectora que rodeaba la espada se disolvió con un suave siseo.

"Perfecto..." susurró Ada, con una sonrisa triunfante bailando en sus labios.

Dio un paso adelante, acercándose a la hoja. Sus dedos rozaron la empuñadura con reverencia, sintiendo la fuerza palpitante de la espada secreta que había permanecido oculta durante tanto tiempo. La energía que emanaba era palpable, casi viva, vibrando bajo su tacto. Un poder antiguo y desconocido que su madre nunca había querido revelar.

Con un movimiento fluido, Ada levantó la espada del pedestal. El intenso resplandor que la rodeaba se desvaneció, como si la hoja finalmente se hubiera liberado de su prisión. Se quedó quieta un instante, sintiendo simplemente el peso y la energía del arma en sus manos.



El silencio en el pasillo se rompió bruscamente con un sonido lejano, que resonó a través de las paredes de piedra. Ada se quedó paralizada, aguzando el oído.

Alguien venía.

"Maldita sea", murmuró en voz baja, dándose cuenta de que se le estaba acabando el tiempo.

Sin dudar, cerró los ojos y comenzó a trazar símbolos en el aire, preparándose para usar la espada de alguna manera...

Un corte vertical, de arriba a abajo, que atravesó el velo del espacio-tiempo.

El portal se abrió con un suave silbido, revelando un camino hacia un destino desconocido. La luz titilaba en los bordes de la grieta mágica, como si ansiara cruzarla.

Con una última mirada al salón —y un rápido pensamiento sobre lo que haría su madre cuando descubriera el robo— Ada saltó al portal, desapareciendo en el torbellino de energía.

La habitación quedó vacía, salvo por el tenue resplandor de las runas que lentamente se reavivaban en el pedestal ahora vacío.

Ada había escapado del Palacio Real.

